El largo y tortuoso camino hacia el pleno empleo

EUROPA ya no quiere ser la primera de la clase en economía. Se conforma, dice, con erradicar el alarmante desempleo. Pero incluso la consecución de este objetivo, que considera más realista, no será un camino de rosas.

Es necesario incrementar la calidad del trabajo y acelerar la productividad laboral.

Europa ha mejorado la capacidad de resistencia de su empleo: no se han perdido puestos de trabajo entre los Quince en la última crisis económica

SUSANA VIDAL

LA realidad es muy tozuda, sobre todo para los ambiciosos que no tienen los pies en el suelo. En el año 2000, los líderes europeos, henchidos de optimismo, proclamaron en la cumbre de Lisboa que a la vuelta de diez años la UE sería la región más dinámica del mundo, por delante de Estados Unidos, el paradigma del rápido crecimiento tanto entonces como ahora. Y para ello lanzaron a bombo y platillo un gran plan, la Agenda de Lisboa. Cinco años después, la Comisión Europea no ha tenido más remedio que tirar la toalla. Los datos son abrumadores: la locomotora norteamericana ha crecido –3,5 por ciento de media anual– y ha invertido casi el doble que el viejo Continente, ampliando así el foso de renta per cápita que separa a ambas orillas del Atlántico. Europa no sólo no será una liebre sino que lleva camino de ser una tortuga económica. Para no abundar en el error, el nuevo presidente de la Comisión Europea, José Manuel Durao Barroso, ha decidido apostar por una estrategia más modesta en los objetivos –olvidarse de superar a EE.UU. y de dar lecciones a nadie– con el fin de ser más efectivos y de que los proyectos europeos no queden siempre en la tradicional retórica grandilocuente.

UNA META COMÚN

A partir de ahora, la principal meta, al margen de espolear el crecimiento económico, será recortar sustancialmente el paro continental –hoy 19 millones de parados, el 9 por ciento de la población activa– y tender hacia el pleno empleo en 2010. Hay poderosas razones para cambiar de estrategia: esta lacra social podría atizar el descontento hacia Bruselas e incluso hacer descarrilar el proyecto de ratificación de la Constitución Europea. El camino trazado por Reino Unido y España en los últimos años, que han generado millones de puestos de trabajo, parece ser el preferido frente a modelos socialmente más protectores como el alemán.

¿Conseguirá la Comisión su objetivo? Desgraciadamente, la coyuntura pinta mal. El crecimiento económico de la zona de euro pierde gas, en parte por la enfermedad crónica de la economía alemana, que no levanta cabeza desde su reunificación política. Sin crecimiento, no hay beneficios e inversiones; y sin éstas, no hay más puestos de trabajo. No deja de ser una ironía de la vida que justo el mismo día –2 de febrero– en que Barroso anunciaba su golpe de timón, Alemania, el peso pesado de Europa, diese a conocer que su "ejército de parados" supera ya la barrera psicológica de los cinco millones, un nivel no visto desde el periodo de entreguerras, momentos antes de que Hitler se hiciese con el poder. Pero no sólo las estadísticas sino los análisis más sesudos dibujan un horizonte sombrío. Un reciente estudio comunitario –Informe Conjunto sobre el Empleo– concluye que "el paro es el talón de Aquiles de Europa" y que la Unión difícilmente conseguirá el objetivo de dar empleo al 70 por ciento de la población en edad de trabajar en 2010. Para ello debería crear –o sacar de la chistera, visto lo visto– 22 millones de empleos, algo complicado dado que "la tasa permanece estancada en el 63 por ciento". La losa del desempleo es tan pesada y tan trascendental para la economía europea que la OCDE asegura que el foso de riqueza entre Estados Unidos y Europa –la renta per cápita europea es un 30 por ciento inferior– puede achacarse en casi su totalidad al alto desempleo, el menor número de horas trabajadas y a la menor productividad por hora.

El camino trazado por Reino Unido y España, que han generado millones de puestos de trabajo, parece ser el preferido frente a modelos socialmente más protectores

EMPLEO DE CALIDAD

No obstante, no todo son malas noticias: "Las últimas reformas en el mercado laboral han reforzado la capacidad de resistencia del empleo; en términos netos, no se han perdido puestos de trabajo entre los Quince en la última crisis económica, mientras que en la recesión de 1992-1993 desaparecieron tres millones de empleos". Y –aunque no se puede encontrar consuelo en ello– el panorama es muy desigual en Europa. La tasa media del 9 por ciento muestra

El lastre alemán

LA tasa de paro alemana se disparó en enero de 2005 por encima de los cinco millones de personas, una cifra que ha hecho saltar todas las alarmas. El aumento se ha debido fundamentalmente a un cambio metodológico: hasta ahora los que recibían ayuda social pero estaban en disposición de trabajar no computaban. Lo peor es que se espera que la cifra engorde en los próximos meses a medida que los municipios actualizan el número de perceptores de ayuda. Schröder lo tiene muy difícil para revalidar su mandato en las elecciones de 2006.

La movilidad laboral, tan escasa en España, es una demanda de muchas empresas.

realidades bien distintas, algunas escandalosas y otras incluso mejores que la norteamericana, que ronda el 6 por ciento. Así esta lacra azota con más fuerza a Polonia –18,3 por ciento– y a Eslovaquia –16,9 por ciento–, mientras que es más benigna en Irlanda –4,3 por ciento– y en Luxemburgo –4,4 por ciento–.

Las soluciones al paro son claras, si bien de vez en cuando algún país como Francia y sus 35 horas prefieren hacer experimentos que se revelan ineficaces. La propia Comisión dice que lo primordial es acometer reformas estructurales no sólo en los mercados laborales sino en los de servicios, productos y finanzas. Además, agrega, es necesario incrementar la calidad del trabajo, erradicar la exclusión social, limar las disparidades regionales y acelerar la productividad laboral. El Informe Conjunto sobre el empleo desgrana con precisión las recetas a aplicar.

Pasos a seguir

Primero, "promover la flexibilidad combinada con la seguridad". Los Estados miembros deberían modernizar sus sistemas de trabajo, facilitando la movilidad laboral –tan escasa, por ejemplo, en España–, y la entrada al mercado de los jóvenes, que sufren largos periodos de espera tras finalizar sus estudios. También es una medida efectiva mejorar el entorno burocrático para las empresas de modo que se reduzcan los obstáculos para su creación, rápida y eficaz. En tercer lugar, hay que garantizar la moderación de los costes laborales. En este punto, España tiene pendiente la reforma del sistema de negociación colectiva. En cuarto lugar, es aconsejable redoblar los esfuerzos para que aflore el trabajo sumergido que se mantiene al margen de la legalidad. En quinto lugar, hay que reforzar las políticas de trabajo activas, por ejemplo mejorando los servicios públicos de empleo. Otro aspecto a fortalecer es la participación de las mujeres –hoy de sólo el 55 por ciento– y de las personas de mayor edad –en torno al 40 por ciento–. Para que la presencia femenina sea mayor es necesario tejer una red eficaz de servicios de cuidado infantil. Para que los mayores no abandonen el mercado de trabajo antes de tiempo, lo que siempre redunda en un empobrecimiento global, conviene mejorar la educación y la formación profesional a lo largo de la vida que garanticen el reciclaje y que aumente los incentivos. También hay que integrar a los inmigrantes y otras minorías o bolsas de población excluidas. Finalmente, hay que remozar el sistema educativo. En Lisboa se trazó el objetivo de que en 2010 el 85 por ciento de los jóvenes europeos contasen con estudios secundarios. Pero esta tasa se mantiene anclada en el 76,7 por ciento. Asimismo, es necesario evitar el llamado fracaso escolar, muy elevado en algunos estados como España.

Lamentablemente, todas las recomendaciones, que la Comisión comparte al cien por cien, chocan con un gran escollo: el mercado de trabajo es una competencia exclusiva de los Estados y no de la Comisión, que no tiene fuerza para imponer su criterio. ■

Lo primordial sería acometer reformas estructurales no sólo en los mercados laborales sino en los de servicios, productos y finanzas

Raúl Heras

El mito del pleno empleo

ESPERÁBAMOS a Pilar Miro en la zona de facturación del aeropuerto de Barajas hace ahora veinte años, en un corro en el que las maletas más o menos voluminosas hacían el mismo papel que los carros de los colonos en las películas del oeste ante el ataque de los indios. Cuando llegó Pilar con su gente de la Dirección General de Cinematografía y se puso a preguntarnos por los pasaportes y el equipaje, descubrimos que nos habían robado. Con fineza, con discreción, pero la maleta de Jaime de Armiñan no estaba. Había desaparecido con todo lo que tenía dentro, pasaporte incluido. Estoy seguro que el hábil ratero no estaba en ninguna de las listas del paro, y que si le hubiesen hablado del pleno empleo habría contestado que él, lo único que necesitaba, era "clientes" tan incautos y despreocupados como nosotros.

La diligencia del equipo de la inteligente (y luego maltratada) directora de cine logró que Jaime pudiera no sólo salir de España junto al resto del pequeño grupo en el que cinco o seis periodistas compartíamos conversación, anécdotas, bebidas y trabajo con el director de "Mi querida señorita" y el resto de sus colegas entre los que Carlos Saura y Juan Antonio Bardem se llevaron la palma de comer más ostras y beber más champán en siete días con sus siete noches. Pudo salir y llegar a Tokio en olor de autoridad.

La semana del cine español en Tokio fue un éxito. Viajamos a Kioto en el tres bala, presenciamos y casi participamos en una boda ritual nipona, comprobamos cómo los japoneses aparecían y desaparecían por las bocas del metro de Tokio con una rapidez envidiable y cómo los *yakuzas* con sus trajes de rayas, sus camisas negras y sus corbatas blancas, parados junto a los coches deportivos y las limusinas de sus jefes, mantenían la paz y la seguridad en el barrio más divertido de la capital. El orden y la mafia puestos de acuerdo para que nada obstaculizase la visión y el crecimiento del país.

En aquellas fechas, mediados de los ochenta, con la mayoría absoluta del primer gobierno de Felipe González, el paro en España oscilaba en torno al veinte por ciento. En Japón estaba por debajo del uno. Aquí nos enfrentábamos a reconversiones industriales salvajes, y allí todo el mundo estaba ocupado. Bastó un caminar por la ciudad para resolver el misterio que entrañaba la abismal diferencia entre un país y otro: en España se insistía en la necesidad de aumentar los niveles de productividad en todos los sectores; y en Japón, por el contrario, habían decidido que todo el mundo tenía que estar colocado, fuese o no necesario ese puesto de trabajo. Allí ibas a abrir una puerta y aparecían dos manos que la abrían por ti, o traspasabas un umbral y aparecía una sonrisa que sólo estaba para eso, para sonreír. Pleno empleo dentro del llamado "milagro japonés".

Cumplían a rajatabla lo que los españoles habíamos aprobado en nuestro actual texto constitucional en 1978, en sus artículos 35 y 40, que recomiendo leer tanto a todos aquellos que crean en el mito del pleno empleo como a los que sepan que el pleno empleo es un mito. Podemos asegurar en la más magna de las Cartas que que todos los españoles tenemos el derecho y el deber de trabajar, y que con ello debemos poder mantener de forma satisfactoria a una familia sin que existan discriminaciones por razones de sexo, y añadiría que ni de religión o cultura. Pueden las autoridades pensar bajo la influencia de Keynes o de Pigou, aceptar el capitalismo de espíritu social y preconizar que se debe trabajar lo menos posible, con la mayor productividad posible y la mejor distribución de la renta alcanzable, que luego vendrá ˆcomo ha venido ˆ la globalización, la distribución de los ámbitos de producción y la liberalización de los mercados; vendrán los grandes fenómenos migratorios, la mezcla acelerada de las culturas y las religiones, los miedos y sus reacciones de cientos de millones de personas, y la letra constitucional tenderá a la utopía. Y estará bien. Mejor la sonrisa de una dulce japonesa que el blanco y gigantesco oso que saluda a todos los pasajeros que hacen parada en Ancorage, mientras intentan ver el exterior helado de Alaska.

[..]

En Japón habían decidido que todo el mundo tenía que estar colocado, fuese o no necesario ese puesto de trabajo

[..]

***Raúl Heras** es periodista.*